

BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE LA JUSTICIA, PORQUE ELLOS SERÁN SACIADOS

Introducción. Tener hambre y sed es una dimensión muy humana. Nos recuerda la precariedad que nos constituye. Somos esencialmente dependientes y necesitamos del alimento y del agua de la vida para poder subsistir. La sed y el hambre acompañan nuestra vida desde el mismo momento de su nacimiento. Lloro el bebé cuando tiene hambre y sed, la atenta mirada de la madre la detecta e interpreta esos llantos y les pone rápida solución. Pero no dejamos de expresar esa hambre y sed a lo largo de la vida. Muchas de las rebeldías de los adolescentes, los caprichos de los niños, las protestas y quejas de los jóvenes, las depresiones y de las ansias de los adultos, los chantajes emocionales de los ancianos, las quejas, las iras, las rabias y los malos humores son expresiones diversas de esa hambre y sed originales.

Lo que Dios nos dice. *«Una mujer de Samaría llegó a sacar agua. Jesús le dice: Dame de beber los discípulos habían ido al pueblo a comprar comida. Le responde la samaritana: Tú, que eres judío, ¿cómo pides de beber a una samaritana? los judíos no se tratan con los samaritanos. Jesús le contestó: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva. Le dice la mujer: Señor, no tienes cubo y el pozo es profundo, ¿de dónde sacas agua viva? ¿Eres, acaso, más poderoso que nuestro padre Jacob, que nos legó este pozo, del que bebían él, sus hijos y sus rebaños? Le contestó Jesús: El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; quien beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, pues el agua que le daré se convertirá dentro de él en manantial que brota dando vida eterna. Le dice la mujer: Señor, dame de esa agua, para que no tenga sed y no tenga que venir acá a sacarla» Jn 4,7-15.*

El tener hambre y sed no es el problema, sino con qué intentamos saciarlas. De nuestras búsquedas, muchas veces nos dejan con más sed todavía. Con dolor y frustración de haber puesto todas nuestras esperanzas e ilusiones en personas, actividades, instituciones, y vernos frustrados, no solo por no poder saciarnos, sino porque nos dejan con más sed todavía. Sólo Jesús es el que tiene el agua viva que de verdad nos sacia.

«¡Espantaos, cielos, de ello, horrorizaos y pasmaos! oráculo del Señor, porque dos maldades ha cometido mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen el agua» Jer 2,12-13.

Cambiamos el agua viva, el alimento de Dios por sucedáneos, por espejismos, por paraísos artificiales.

«El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús se puso de pie y exclamó: Quien tenga sed acuda a mí a beber: quien crea en mí. Así dice la Escritura: De sus entrañas manarán ríos de agua viva» Jn 7,37-38.

Jesús se ofrece cómo el verdadero saciador, el que calma todas nuestras inquietudes y tormentas. Pero tenemos que acudir conscientemente a Él, sino nos podemos pasar la vida bebiendo de otras aguas y de otros charcos. Jesús está siempre dispuesto a darnos el alimento que sacia, el suyo propio.

«Jesús les dice: Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y concluir su obra» Jn 4,34.

«¡Atención, sedientos!, acudid por agua, también los que no tenéis dinero: venid, comprad trigo, comed sin pagar, vino y leche de balde. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta?, ¿y el salario en lo que no da hartura? Escuchadme atentos, y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Prestad oído, venid a mí, escuchadme y viviréis. Sellaré con vosotros alianza perpetua, la promesa que aseguré a David. Buscad al Señor mientras se deje encontrar, invocadlo mientras esté cerca» Is 55,1-6.

La pregunta es demoledora. ¿Porqué invertimos nuestro tiempo, nuestros mejores esfuerzos y energías en lo que no nos sacia? Esa es la misteriosa cuestión que sigue arrastrando muchas vidas a la insatisfacción. Buscamos donde no está, pasamos muchos ratos de nuestra vida en la distracción y en la ensoñación. Imaginando y soñando experiencias de plenitud, cuando se nos ofrecen diariamente lo que de verdad nos sacia y nos colma. Esa alegría que se convierte en la mejor parte que nadie nos podrá quitar.

Cómo podemos vivirlo. Estar saciados, plenos, dichosos, es la experiencia de quien no pide ni exige más de lo que tiene. El agradecimiento es uno de los síntomas más claros de estar saciados. Cuando uno se sabe acompañado por el manantial de agua viva, por el pan de vida, que el que come de él, no tendrá ni hambre ni sed, uno vive confiado. Y se dedica a ayudar a calmar la sed y el hambre de los demás. *«Dadles vosotros de comer»*, nos pide Jesús. Esa es otra evidencia del corazón saciado, que se convierte en canal por el que Dios pasa para dar consuelo y alimento a los demás. El alimento de vida eterna es Jesús, pero nosotros somos colaboradores imprescindibles para que su alimento llegue a todos.